


RECENSIONES

Moreno Burriel, Eliseo, *Depurar y castigar. Los catedráticos de Geografía e Historia en los comienzos del Estado franquista (1936-1943)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, 470p. ISBN: 9788499114781. 30€ 

Prólogo (Ignacio Peiró). Presentación. Introducción. PARTE PRIMERA. Disciplina y profesión: los catedráticos de Geografía e Historia hasta el final de la Guerra Civil. Capítulo 1. Segunda enseñanza, República y Guerra Civil, 1931-1939. Capítulo 2. La profesión docente: la comunidad de catedráticos de Geografía e Historia. Capítulo 3. Prácticas socioculturales de los catedráticos. PARTE SEGUNDA. La historia de la depuración de una comunidad profesional. Capítulo 4. Historia y depuración. Capítulo 5. Los catedráticos de las «oposiciones patrióticas» de 1940. CONCLUSIONES. Índice onomástico. Fuentes y bibliografía. Anexos. Documentación.

Este libro recoge una parte de la tesis doctoral del autor, un avance de lo que habrán de ser nuevas publicaciones que recojan la exhaustiva recopilación de información sobre los catedráticos de Geografía e Historia de los institutos españoles en el siglo que se inició en 1840, y que defendió en la Universidad de Zaragoza el año 2015.

Autores de manuales, investigadores, docentes, activos componentes de la comunidad, comprometidos con causas y movimientos muy distintos... todo ello forma parte del bagaje de un grupo de 77 personas que protagoniza las páginas de este libro, los catedráticos de Geografía e Historia el 18 de julio de 1936. A ellos se añade la veintena de los que accedieron a la cátedra en las dos oposiciones de 1940. Tal vez pueda sonar excesivo que menos de un centenar de personas compongan el núcleo de una investigación como esta, pero más allá de las cifras, todos ellos vivieron la llegada de la guerra civil y sobre todo los 77 primeros padecieron sus consecuencias a nivel profesional. De hecho, el núcleo central del análisis es precisamente la suma de las vicisitudes por las que pasaron cuando el franquismo se asentó y comenzó a depurar a todo el funcionariado, con una importante particularidad. Y es que a los profesores se les consideraba especialmente responsables de la transmisión de valores y principios a sus alumnos, y entre ellos quienes —a falta de más investigaciones en otras disciplinas— más exigencias tenían, dada la naturaleza de su materia, eran los dedicados a la Geografía e Historia. De hecho, suponían la base de la educación de los estudiantes, futuros ciudadanos que habrían de compartir una cultura nacional española, construida como tal desde el siglo XIX y especialmente en su segunda mitad. Pero dado el elitismo de la enseñanza secundaria, en el fondo se estaba conformando la visión sobre la nación de quienes iban a componer las élites del país. De ahí el interés por construir un cuerpo de profesores encargado de esa tarea y que respondiera a las exigencias de cada gobierno. La atención hacia la enseñanza secundaria creció sobre todo con la II República, aunque ya se notó un tímido cambio de actitud en la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, fue el período republicano el que el autor considera como «una verdadera revolución educativa» (p. 33). De los 76 074 alumnos de 1931 se pasó a 124 775 en el curso 1934/35; a los 115 institutos creados entre 1840 y 1931, se les añadieron los 93 del período 1931-1936. Si durante la guerra, cada uno de

RECENSIONES

los bandos buscó sus propios objetivos, con los institutos como instrumentos revolucionarios en la zona republicana, en la sublevada fueron la base para legitimar el nuevo Estado. En septiembre de 1939 abrieron sus puertas 77 institutos, es decir, el 37% de los que había al iniciarse la guerra.

Parte fundamental de esta enseñanza fueron los profesores y, concretamente en este libro, los catedráticos de Geografía e Historia. Era un colectivo reducido, que en 1925 contaba con 45 integrantes, el mismo número que en 1866. La diferencia es que, con el cambio de siglo, se había iniciado un debate pedagógico intenso por influencia de la Institución Libre de Enseñanza y sus iniciativas para la mejora de la formación del profesorado, como becas, estancias, cursillos, etc. También pudo apreciarse el cambio en la incorporación de la mujer a las plantillas, con 130 profesoras de instituto en los años veinte, 9 de las cuales eran catedráticas. En proporción, seguía siendo una cifra minúscula, pero al empezar la década de los veinte solo había solo 27 profesoras en los institutos españoles y de ellas ninguna era catedrática.

Buena parte de estos datos se recogían en la mencionada tesis del autor, pero en el libro que ahora se comenta se parte del escalafón de 1935, que recoge el estado de la plantilla al comienzo de la guerra. Y de ello surgen algunas conclusiones significativas, como la renovación generacional que se veía reflejada en él, con más del 70% de sus componentes incorporados después de 1920, accediendo a la cátedra con una edad media de entre 30 y 31 años, y con una preparación muy destacada, pues más del 45% de ellos habían terminado sus estudios con nota de sobresaliente. También son reveladores sus orígenes sociales, pues casi el 90% pertenecía a familias de la burguesía o de profesiones liberales; o su orientación ideológica, mayoritariamente conservadora (casi el 70% del total), frente a los vinculados a posiciones de izquierda, que suponían casi el 30%, eso sí, mucho más activos social y políticamente. Y esto recuerda a lo que ocurría por ejemplo en Alemania, aunque por lo que señalaba Fritz K. Ringer en *El ocaso de los mandarines alemanes*, lo eran en mayor medida los universitarios que los de secundaria; pero incluso podría compararse con lo que reflejaba Eric Hobsbawm en sus memorias (*Años interesantes*) sobre su paso por el *Gymnasium* berlinés y la percepción del generalizado conservadurismo entre los docentes, pero también entre los alumnos.

Además de su actitud política, también se analizan las actividades sociales y profesionales de los componentes de este grupo, su presencia en la Real Academia de la Historia y otras academias nacionales y extranjeras, en Sociedades Geográficas, Juntas de Instrucción Pública y otras responsabilidades de diverso tipo; su asociacionismo profesional y las actividades vinculadas con su profesión, especialmente la investigación y la elaboración de monografías y manuales. Todo ello sirve para mostrar a un grupo profesional y sus rasgos más significativos, sirve para llegar al núcleo central del libro: la depuración franquista —se habla también de la depuración republicana, pero de forma más breve (pp. 98-102)—.

Más del 65% de las páginas de texto del libro se dedican al análisis y a la exposición, caso por caso, del proceso de depuración que sufrieron 75 de los 77 catedráticos de Geografía e Historia —uno estaba en excedencia y no se sabe nada de él y del otro, José Ibáñez Martín, no ha encontrado constancia de que la pasara, dado su cargo como Ministro de Educación Nacional desde 1939—, de los cuales 38 estaban en la zona republicana,

RECENSIONES

36 en la sublevada y I en Lisboa, lo que implicó lealtades geográficas en ocasiones muy poco creíbles, y la depuración por parte de las dos administraciones, como en el caso de Ángel Rubio Muñoz Bocanegra. Fue un proceso universal, al que fueron sometidos todos desde 1936, para comprobar que sus perfiles se ajustaban a la nueva ortodoxia. Analiza el autor con detalle los tribunales, la legislación creada al efecto, los procedimientos e instituciones responsables, pero sobre todo se detiene en los 75 casos, analizando sus expedientes y exponiendo las penalidades de los más duramente castigados, además de las actitudes, argumentos y reflexiones de quienes les apoyaban o denunciaban. Esta capacidad para particularizar y detenerse en trayectorias individuales aporta un valor significativo al libro, porque cada caso tiene su peculiaridad, en parte por la resonancia de algunos de ellos, entre los que cabe destacar a Pedro Aguado Bleye, Odón Apraiz, Francisco José Barnés, Juan Fernández Amador de los Ríos, M^a Elena Gómez-Moreno, Ramón Otero Pedrayo, Manuel de Terán Álvarez, o Jaume Vicens Vives. Se muestra así en toda su crudeza la voluntad de supervivencia, el miedo, los recelos y en algunos casos la mezquindad de quienes no solo se limitaban a señalar su acrisolada lealtad al nuevo régimen, sino que aprovechaban para denunciar a otros colegas. Los textos en defensa de las trayectorias y actitudes que cada uno de ellos hubo de redactar, reflejan con intensidad y crudeza el impacto de la guerra, el temor a las represalias, la pérdida del empleo, el impacto sobre las familias. ¿Podría traerse a colación para alguno de los catedráticos depurados desde 1936 lo que decía un entrevistado de Svetlana Aleksievich respecto al final de la URSS, cuando afirmaba que «[e]ntre los burócratas solo se premia la lealtad a ellos mismos y la buena memoria, no olvidar quién es tu amo, ni la mano que te alimenta»? La búsqueda de valedores, especialmente aquellos que más poder ostentaban en la nueva situación fue habitual, y la dependencia de esos informes muestra el poder destructor que una declaración podría tener, incluyendo las denuncias falsas, las delaciones interesadas o la propagación de rumores maliciosos. Incluso la ficción malintencionada de incoar expedientes a quienes habían sido fusilados, como Joaquín de Andrés Martínez, el único de los catedráticos analizados que fue asesinado. Y, en cualquier caso, incluso quienes salvaron el proceso con relativa limpieza, tuvieron que soportar un proceso auténticamente kafkiano, en ocasiones durante años, pendientes de una amenazadora espada de Damocles al suponer el proceso una revisión en profundidad de toda la trayectoria profesional y personal de los sometidos a él.

El resultado de la acción de los tribunales de depuración muestra que, al final de los procesos, casi un 60% fue confirmado en la cátedra y algo más del 41% sancionado, casi el 20% del total con la separación definitiva de la cátedra, grupo en el que se encuentran los ocho exiliados y el fusilado; y algo más del 22% con otras sanciones, como suspensiones de empleo y sueldo temporales, prohibición para ejercer cargos de confianza o traslados forzosos. «Los resultados de la depuración iban dirigidos a cumplir los objetivos fijados por los franquistas, que pasaban fundamentalmente por separar a todos los docentes considerados de ideología izquierdista (represiva), servir de escarmiento público para sentar los valores de la nueva sociedad (ejemplarizante) y disuadir de formar parte a quienes no compartieran los valores del nuevo sistema educativo (preventiva)» (p. 299). Y es especialmente llamativo el resultado entre los docentes de Geografía e

RECENSIONES

Historia, pues el porcentaje de los sancionados es significativamente superior al de otros cuerpos docentes, que apenas supera el 25%, frente al citado 41%.

Una consecuencia directa de este proceso depurador fue la reducción drástica del profesorado disponible, alrededor del 50% en los catedráticos de Historia y Geografía, lo que obligó a la convocatoria de dos nuevas oposiciones en 1940, las llamadas «oposiciones patrióticas», que ocupan el último capítulo del libro, analizando en él las trayectorias de los veinte que las superaron, en este caso, plenamente acordes con las expectativas del franquismo. Formaron parte de ella profesores como Antonio Rumeu de Armas, Antonio Domínguez Ortiz, José Ramón Castro Álava o José Pérez Bustamante.

Más allá de los datos generales, el mayor valor de este libro es la recogida del material que pone rostro a las trayectorias y a los padecimientos, a las dificultades vitales que la guerra causó a todos, y especialmente los sufrimientos para quienes se mantuvieron con la República. Más allá de la repercusión profesional o de las referencias a las disciplinas geográfica e histórica, lo que más resalta en estas páginas son las personas concretas, en todo su esplendor y miseria, en toda su humanidad.

Eliseo Moreno Burriel ha sido docente de enseñanza secundaria y es doctor en historia contemporánea por la Universidad de Zaragoza con la tesis que este libro recoge en parte. Ha presentado diversos estudios sobre esta temática en congresos y conferencias. Ha publicado *Historia de la escuela pública en España: balance de dos siglos* (2003).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra